





FRANCISCO RICO

Premio Alfonso Reyes

2013

FRANCISCO RICO

Premio Alfonso Reyes

2013



EL COLEGIO DE MÉXICO

Primera edición, 2015

Edición no venal, para conmemorar el cuarto centenario de la segunda parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, aparecido en 1615.

DR © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

Impreso en México

ÍNDICE*

9

LAUDATIO DE FRANCISCO RICO

Margit Frenk

15

FRANCISCO RICO:

EL HOMBRE Y LA REFERENCIA

Aurelio González

23

DE MI APRENDIZAJE

EN EL COLEGIO DE MÉXICO.

UN APRENDIZ EN EL COLEGIO

Francisco Rico

* Textos leídos durante la ceremonia de entrega del Premio Alfonso Reyes, de El Colegio de México, el 4 de septiembre de 2013.



LAUDATIO DE FRANCISCO RICO



Margit Frenk



n los años sesenta solía yo oír a mi admirado amigo José Manuel Blecua decir maravillas de un joven investigador, alumno suyo, llamado Francisco Rico. Decía de él que, a los veintitantos años, ya era un filólogo hecho y derecho. Nacido en 1942, en 1963 había escrito un innovador estudio sobre el *Secretum* de Petrarca y en 1970 publicó dos libros importantes, *La novela picaresca y el punto de vista* y *El pequeño mundo del hombre*. En esos años hizo además excelentes ediciones del *Lazarillo de Tormes*, del *Guzmán de Alfarache* y de dos obras de Lope de Vega: *El caballero de Olmedo* y las *Novelas a Marcia Leonarda*. Además, dando un salto a la Edad Media española, editó la *General estoria* de Alfonso X. De esos años son también sus estudios sobre el *Libro de buen amor*, sobre poesías del siglo XV y una infinidad de reseñas de libros. Y éstos fueron apenas los primeros pasos, vertiginosos, por un camino por el que seguiría andando sin descanso, año tras año, década tras década, hasta hoy, hasta mañana.

Francisco Rico es un sabio y un erudito, pero es mucho más que eso: es alguien que, con mente siempre despierta,



se enfrenta a sus autores y a sus obras preferidas de manera intensa y personal. Leer a Francisco Rico no es leer a cualquiera; es leer precisamente a Francisco Rico, con todo lo que él sabe dar, que es muchísimo, y con interpretaciones muy suyas y a menudo plenamente convincentes.

Cuando se adentra uno en su enorme currículum, impresionan muchas cosas. Por ejemplo, su fidelidad a ciertos temas, obras y autores, a los que vuelve una y otra vez: Petrarca, el *Libro de buen amor*, la *Celestina*, Nebrija, los humanistas, Garcilaso y fray Luis de León, las novelas picarescas, el *Quijote*, *El caballero de Olmedo*, *El desdén con el desdén*, de Moreto. E impresiona también lo que podríamos llamar la fidelidad a sus propias investigaciones y publicaciones. Apenas hay una sobre la que no haya vuelto, al correr de los años, enriqueciéndola en una nueva edición con nueva información y nuevas ideas. Como que siempre tiene presentes, a la vez, a sus grandes amores literarios y lo que él ha escrito en torno a ellos. Más que otros estudiosos, gusta de reunir sus artículos en libro, desde aquella *Primera cuarentena*, que editó cuando cumplió 40 años; algo después salieron sus *Problemas del Lazarillo* (1988); *Texto y contextos* (1990); *Figuras con paisaje* (1994); etc. Ahora prepara un tomo intitulado *El primer siglo de la literatura española*. Para el 2022 podemos esperar, sin duda, una *Segunda cuarentena*.

Pero Rico no se ha mantenido encerrado en ese mundo suyo, sino que ha escrito sobre muchos otros temas. Colaborador asiduo del periódico *El País* (también de *La Vanguardia*), publica ahí cosas muy diversas, entre las que me gustaría destacar las semblanzas de conocidos filólogos y críticos literarios. En el periodismo, vemos a un Francisco Rico al que le importa el ancho mundo de quienes hablamos español. Junto



a él hay un Francisco Rico educador, que colabora en libros de texto y en antologías y que ha estado a la cabeza de la fundamental *Historia y crítica de la literatura española*, obra colectiva en muchos volúmenes, que abarca desde la Edad Media hasta fines del siglo XX.

Un aspecto sumamente importante en la trayectoria de Rico es su labor como editor de grandes obras de la literatura española. Es él quien ha dirigido la gran edición crítica del *Quijote*, publicada en 1998, corregida y aumentada en 2004 y reimpresa después varias veces. De Rico es también esa imprescindible edición más compacta del *Quijote*, con excelentes notas léxicas. Elaborada primeramente para la editorial Castilla-La Mancha, fue a dar a la divulgadísima edición conmemorativa que publicaron en 2004 la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, edición que incluyó varios estudios de especialistas. Rico ha vuelto a publicarla después, a plana y renglón, con preliminares y apéndices suyos, y en esta forma sigue circulando la obra profusamente por países como el nuestro.

Le ha apasionado a Rico la historia editorial del *Quijote* y ha polemizado con agudeza contra varias ideas falsas, como el generalizado mito que ha exaltado la primera edición, plagada de errores. Su admirable libro intitulado *El texto del “Quijote”* está en línea con otros trabajos que Rico ha venido elaborando sobre la moderna crítica textual. Impresiona en ellos su amplísimo conocimiento de cuanto se ha escrito, a nivel mundial, en torno a la ecdótica; su posición crítica ante muchos de esos escritos y sus propios planteamientos adquieren, así, especial relevancia.



Muchas de las ediciones y obras de Francisco Rico, además de reeditarse y remozarse continuamente en español, son conocidas a nivel internacional, pues se han traducido no sólo a lenguas europeas (incluyendo el húngaro), sino también al árabe y al japonés. Es particularmente notable su presencia en Italia, país que ocupa un lugar muy especial en su vida y su obra, quizá desde que inició, de jovencito, sus investigaciones sobre los escritos latinos de Petrarca.

A todo lo anterior se añade otro aspecto fundamental de la obra de Rico: él ha fundado y coordina varios proyectos editoriales de gran envergadura, en cuyo diseño y normas ha sido, sin duda, la voz cantante. Así, el Centro para la Edición de Clásicos Españoles y, relacionada con él, la gran Biblioteca Clásica, que aparece ahora bajo el sello de la Real Academia Española, con Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores. (Varios de esos títulos se van a empezar a publicar pronto en México, con el sello de la Academia Mexicana de la Lengua, y circularán por casi toda Latinoamérica.)

En fin, la de Francisco Rico ha sido y es una vida intensa, de permanente actividad y plena de invaluable contribuciones a la cultura universal. No quisiera terminar sin decir que Francisco Rico es también un señor muy juguetón; basta mencionar algunos de sus títulos: un artículo brevísimo se intituló “Tratado general de literatura”; otro estudio invirtió los términos acostumbrados: “La clerecía del mester”; otro, que invierte la cronología, “Del *Cantar del Cid* a la *Eneida*”. Y uno de sus primeros libros causó casi un cataclismo al sustituir una simple conjunción por otra, pues se intituló *Vida u obra de Petrarca*. “Vida u obra”: claro, la obra de Petrarca fue su vida y su vida fue su obra. Esto trae a la memoria aquellas admirables palabras con que el donjuanesco



Lope de Vega se definió, paradójicamente, a sí mismo: “Soy como el ruiseñor, más voz que cuerpo”. Y uno se pregunta: ¿No será también la obra de Francisco Rico sinónimo de su vida?





FRANCISCO RICO: EL HOMBRE Y LA REFERENCIA



Aurelio González



s muy difícil encontrar en el mundo académico del hispanismo internacional alguien medianamente informado para el que el nombre de Francisco Rico sea desconocido. “Rico” es una de esas referencias bibliográficas que desde el alumno de los primeros años de carrera hasta el investigador de excelencia manejan con la naturalidad de lo cotidiano, de lo necesario, de lo fundamental por su calidad; incluso es conocido y reconocido por especialistas ajenos a su campo de estudios: como muestra recordemos que quien presentó la candidatura de Francisco Rico para el premio “Alfonso Reyes” que hoy le otorga El Colegio de México, fue Anthony Stanton, especialista del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios en literatura hispanoamericana contemporánea.

Desde luego, también para mí, en los ya no tan cercanos años formativos, Rico fue esa referencia que había que leer pues era infaltable en la bibliografía de tantos campos, desde la *Celestina* hasta la novela picaresca, pasando por obras clave de los Siglos de Oro como *El caballero de Olmedo* o el *Quijote*, obra a quien debe Francisco Rico el incremento de su fama,



de por sí extraordinaria, en estos últimos años por ser director de la edición de 1998, devenida conmemorativa en el cervantino año de 2005, y que se ha vuelto para muchos canónica. También es cierto que pasó el tiempo y la referencia bibliográfica, para mí, se convirtió de personaje del mundo académico en persona y como tal he tenido la fortuna de compartir con él diversos espacios académicos. Así, hemos compartido cenas y pláticas con jóvenes estudiantes en el Palacio de la Magdalena en Santander en el marco de las reuniones de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, asociación creada por un grupo de jóvenes medievalistas (hoy investigadores y catedráticos consagrados y señeros) a mediados de la década de los ochenta. Este proyecto académico asociativo resultó ser el motor del moderno medievalismo hispánico que llegaría ser cauce y punto de contacto de los proyectos que se generaban en Salamanca con Pedro Cátedra, en Alcalá con Carlos Alvar, en Barcelona con Vicenc Beltrán, y hoy se generan en Zaragoza con José Manuel Cacho Blecua, en Granada con Juan Paredes y en Barcelona con el propio Francisco Rico, quien muy joven ya era catedrático de Literaturas Hispánicas Medievales en la Universidad Autónoma de Barcelona desde 1972.



Hoy en día no se puede concebir el medievalismo hispánico sin la proyección lograda por este proyecto —y cito palabras de Rico— de aquella “pandilla de jóvenes investigadores que se lió la manta a la cabeza y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, convocó en Santiago de Galicia”, en 1985, el congreso que generó la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, más conocida como AHLM, y de la que Rico fue su primer presidente durante once años, de 1988 a 1999, porque, según sus palabras, Alvar, Beltrán y Cátedra lo conocían de sobra y pensaron que era “lo bastante cercano para dar por buena

cualquier iniciativa suya y lo bastante remoto para no molestarlos con ninguna suya”.¹ Palabras que muestran el carácter de Rico: inteligente, distante, agudo y proclive a impactar a sus escuchas por su talante desmitificador y provocativo.

Después de aquel primer encuentro, Rico y yo hemos seguido coincidiendo en otros foros, tales como el legendario San Millán de la Cogolla, en el marco de reuniones cidianas y foros sobre edición de textos clásicos españoles —tema caro a él— donde por azares del destino o por voluntad de Rico me ha tocado moderar sus participaciones, a él que es inmoderado, o presentarle, siendo que él no necesita ninguna presentación. Ha habido otras coincidencias en lugares tan emblemáticos para el hispanismo como Almagro, o puntos de encuentro obligados como Madrid, y me parece que una de las últimas fue en Olmedo, la villa del caballero, ciudad entrañable para él, donde hablamos en un restorán castellano donde se podía fumar y en un taxi de camino al recinto académico, de teatro, de Cervantes, de *El caballero de Olmedo*, de política, de la universidad, de la Academia de la Lengua, de lo humano y lo divino, de lo trivial y de lo serio. El diálogo con él, además de ser un reto por la inteligencia y ánimo polémico, es siempre revitalizador por sus cuestionamientos y por su escepticismo, ilustrativo por su erudición y placentero por el humor y el cinismo en el mejor sentido de la palabra.

Por otra parte, Francisco Rico es un hombre multifacético dedicado a la investigación y la docencia que pertenece a la academia, en toda la extensión del término, y a las Academias. Así, él es miembro de la Real Academia Española (que ahora



¹ Francisco Rico, “Quince años después”, Margarita Freixas y Silvia Iriso (eds.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Santander, Gobierno de Cantabria/AHLM, 2000, t. I, p. IX.

cumple su tercer centenario), desde 1986. En su discurso de ingreso: “Lázaro de Tormes y el lugar de la novela”, nos dice “Soy un historiador de la literatura: nada más, pero —permítidme un punto de pasión— tampoco menos”. Lo cual caracteriza claramente su posición ante la literatura. Y después agrega en el mismo discurso: “El tema del historiador son los textos en los tiempos y, en particular, el tenaz, cambiante diálogo de la obra singular con las múltiples fases de la tradición”. Lo cual también señala su posición de filólogo, concepto tan caro a nuestra institución y de cuyos maestros, él como virtual y distante discípulo ilustre, nos hablará hoy aquí.

Y es desde esta perspectiva filológica que busca acercar el texto a su tiempo para que sea más comprensible en el nuestro, que ha construido su actuar académico no sólo en la venerable y hoy dinamizada Real Academia Española, sino también en otras prestigiosas academias europeas aun más antiguas que la española, como la Accademia Nazionale dei Lincei, de Italia, fundada por Federico Cenci en 1603 y de la cual han sido miembros figuras tan destacadas y polémicas como Galileo Galilei. Francisco Rico es miembro extranjero de tan selecto cenáculo desde el año 2000. También es *socio corrispondente straniero* desde 2003 de la Academia della Crusca, la institución italiana que se ocupa de la lengua de Petrarca, uno de los intereses más caros del investigador que hoy reconoce El Colegio de México. El prestigio de nuestro homenajeado en el ámbito italiano es sobresaliente y ha sido reconocido desde hace mucho tiempo. Un petrarquista tan distinguido como Marco Santagata me dijo un día que Rico era uno de los mejores italianistas, no sólo entre los españoles sino entre los europeos, incluyendo los italianos.



Su prestigio académico rebasa el ámbito de sus intereses filológicos y trabajos académicos italianos o del mundo hispánico y también ha sido invitado a formar parte de la prestigiosa British Academy for Humanities and Social Sciences, creada en 1903, y desde 2010 del Institut de France y de la Academie des Inscriptions et Belles Lettres de France, fundada en el siglo XVII, amén de ser Comendador de la Orden de las Palmas Académicas de Francia. Francisco Rico también está presente en la cultura portuguesa pues es miembro correspondiente de la Académia das Ciencias de Lisboa.

La pertenencia a estas Academias es señal de la importancia que tienen los trabajos de Rico internacionalmente, pero también ha recibido otras distinciones en la forma más alta que conceden las universidades. Si él originalmente es doctor *cum laude*, Sobresaliente con Premio Extraordinario, por la Universidad de Barcelona, su *alma mater*, después ha sido distinguido por su trayectoria y trascendencia en el ámbito de las letras con sendos doctorados *Honoris causa* por las universidades de Nápoles (en 1992), Burdeos (en 1994) y Valladolid (en 1996).

Pero aunque “Rico” es una referencia obligada en muchos campos académicos, el reconocimiento, fama y nombre de Francisco Rico está especialmente ligado a sus ediciones y a proyectos editoriales que ha dirigido —como la colección Biblioteca Clásica, iniciada en la editorial Crítica, pero que actualmente edita Círculo de Lectores bajo las pautas del Centro para la Edición de los Clásicos Españoles que el propio Rico promovió y actualmente encabeza—. En este sentido ha sido maestro de casi todos. Eso no obsta para que haya sido distinguido con significativos reconocimientos oficiales como el Premio Provincia de Valladolid de 1998, a la Trayectoria Literaria, y otros que llevan el nombre de memorables maes-



tros de la investigación y la filología como el XII Premio Internacional Menéndez Pelayo (1998), el Premio Nacional de Investigación Ramón Menéndez Pidal en Humanidades (2005), en España, y el Premio Natalino Sapegno de Storia Letteraria (2006), en Italia, nombres a los que ahora se une en México, creo que con todo derecho por lo que significa y por el maestro que le da nombre, el Premio Alfonso Reyes. Así, la concesión de estos premios hace que reúna en su persona los ases de la baraja de investigadores del mundo hispánico e italiano.

De Francisco Rico ha dicho Mario Vargas Llosa: “Su caso es raro, un investigador al que la erudición no ha encallecido el gusto literario, un crítico que sabe que la buena crítica sirve a la creación y no se sirve de ella, y un especialista en la Edad Media y el Siglo de Oro al que interesa y excita la literatura actual”.² Me parece que es una afirmación que no se puede contradecir pues la prueban sus escritos académicos y periodísticos y sintetiza de manera admirable una personalidad compleja e incómoda para algunos.

Otro escritor, Javier Cercas, ha planteado, tratando de definir a nuestro homenajeado, que: “Rigor y audacia: dos cualidades que Francisco Rico posee en grado sumo, [...] De ahí su obsesión por prestigiar el papel del filólogo como —antes que cualquier otra cosa— editor de textos, es decir, como instancia que devuelve a la comunidad el sentido exacto de la tradición; de ahí, también, su obsesión por renovar los planteamientos de la filología tradicional”.³ Todo ello no desprovisto



² *Apud*, Javier Cercas, “Literatura” en *Francisco Rico, Premio Provincia de Valladolid 1998, a la Trayectoria Literaria*, Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 2002, p. 10.

³ *Ibid.*, pp. 11-12.

de un grado no menor de espectacularidad, condición para nada ajena al hacer, carácter y personalidad de Francisco.

La obra de investigación —y la trayectoria intelectual y personal— de Rico también puede interpretarse, viéndola en perspectiva, como un brillante encadenamiento de rupturas en la historiografía literaria tradicional o incluso la de su momento; se trata de transgresiones mayores o menores, que conducen a la construcción de una nueva categoría o a la disgregación de otras comúnmente aceptadas. El efecto de sus lecturas a la luz de una nueva fuente, de un análisis agudo o de una brillante intuición, permite el cambio de la historia recibida y abren puertas a la formación de una nueva tradición más abierta y dinámica.

La posición de Rico en el ámbito editorial español (con una influencia en todo el ámbito hispánico), lo ha convertido en una figura de referencia en el quehacer académico, pero también en una figura polémica, lo cual a mi parecer no le disgusta, “A nadie pasa inadvertido que su labor pedagógica, investigadora y, sobre todo, editorial de los últimos años es un modo de imponer su propio canon de los textos literarios —cuando no su propio texto—, canon, sí, aunque mucho más generoso que las reducciones del occidental”.⁴

En ese movimiento pendular de su vida y obra que toca extremos, Francisco Rico no rechaza escribir en periódicos de gran circulación como *El País* notas en que se vuelve desfacedor de entuertos —a propósito de teorías peregrinas y absurdas— o lleva la filología a ámbitos inesperados como los papeles de Bárcenas, tesorero de un partido político imputado por el juez, y la financiación ilegal de ese partido, novedades

⁴ Pedro Cátedra, “Edad Media”, en *Francisco Rico, Premio Provincia de Valladolid 1998...*, *op. cit.* p. 34.



del quehacer político español actual; pero siempre vuelve a los humanistas y al Renacimiento, que son para Francisco Rico imagen de una élite intelectual, príncipes de la palabra, en los que se ve reflejado y en los que converge emblemáticamente. Como nos recuerda Juan Francisco Alcina con una paradoja “En él se cumplen las palabras de Borges ‘que el pasado se altere por obra del presente’, y borgiano ha sabido reinventar el pasado y hacerlo valioso para el presente”.⁵

Creo que podemos concluir diciendo que hay que reconocer que “si en los últimos [cuarenta] años alguien ha sabido releer creativamente la literatura del pasado —lo que es una forma decisiva de intervenir en la del presente—, ése ha sido Francisco Rico”.⁶ Pero vayamos más allá: el ser una referencia académica no ha podido desplazar al hombre de su tiempo.



⁵ Juan F. Alcina, “Humanismo” en *Francisco Rico, premio Provincia de Valladolid 1998...*, *op. cit.* p. 67.

⁶ Cercas, “Literatura”, *op. cit.*, p. 9.

DE MI APRENDIZAJE
EN EL COLEGIO DE MÉXICO
UN APRENDIZ EN EL COLEGIO



Francisco Rico

Javier Garciadiego
Presidente de El Colegio de México;

Fernando Serrano Migallón
Subsecretario de Educación Superior;

Jaime Labastida
Director de la Academia Mexicana de la Lengua;

Margit Frenk
Profesora Emérita de El Colegio de México;

Aurelio González
Profesor Investigador de El Colegio de México;

Alicia Reyes
Directora de la Capilla Alfonsina;

Manuel Alabart
Embajador de España



el Colegio de México, en el Colegio de México, recibo el Premio Alfonso Reyes con modestia y con orgullo. Con orgullo, porque nadie podría no sentirlo al verse distinguido por una de las instituciones culturales más prestigiosas del mundo hispánico. Con modestia, porque no puedo sino ser consciente de que el premio se lo debo a un azar: el azar que ha hecho que barajando nombres con mayores o iguales méritos los sinodales, acaso para no darle más

vueltas y volver pronto a casa, se fijaran finalmente en el mío. Con orgullo, porque ningún filólogo dejaría de pensar que este premio lo pone en la cima de su carrera; con modestia, porque desde la cima no cabe ya más que ir para abajo, a la decadencia...

Es la primera vez que piso el Colegio, pero en ningún modo me siento aquí un extraño, no sólo por los estupendos amigos que me acompañan, empezando por Margit, tan generosa, tan mentirosa, sino porque en espíritu hace largos años, y en años decisivos, que me paseo por esta casa.

No conocí a don Alfonso Reyes, ni lo he frecuentado tanto como me habría gustado, porque sus obras circulan en España insuficientemente. Pero he leído muchas, muchísimas páginas suyas y he disfrutado siempre su erudición amable, su intuición vivacísima, su ingenio ilimitado. Tengo clarísimo cuál ha sido para mí la más vital de sus lecciones, la que más estrictamente me he esforzado por seguir línea a línea: que escriba uno lo que escriba, filología, ensayo, historia, pensamiento..., debe escribirlo con la misma voluntad de estilo y la misma exigencia literaria que si estuviera componiendo un soneto. Un soneto, pongamos, de *Homero en Cuernavaca*.

Debió de ser en 1962 cuando la librería Ínsula, sede de la revista madrileña del mismo nombre, anunció que tenía a la venta una colección de la *Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH)* completa hasta la fecha y otra de su antecesora argentina con algunas faltas. Para mí, que vivía de la asignación y las liberalidades paternas (me gusta decirlo, para dedicar así un recuerdo a mi padre, a quien cada día añoro más), el precio era considerable, pero asequible, y tanto más cuanto que José Manuel Blecua le pidió a Enrique Canito, buen patrón de librería y revista, que lo fragmentara en un par de plazos.



Posiblemente fue entonces cuando dejé casi por entero de leer novelas y mis ratos libres se concentraron en la nueva adquisición de mi biblioteca. Era ésta no despreciable para mi edad y circunstancias, pero modesta, y, obviamente, constituida sobre todo por libros, es decir, por volúmenes cada uno de los cuales versaba sobre un solo asunto, de mayor o menor envergadura. Una publicación como la *NRFH* me abría en cambio el apetitoso horizonte de una multiplicidad de temas y enfoques. Sospecho que no hay página de sus quince primeros tomos por la que yo no haya pasado, incluidas las de la bibliografía, que, por el contrario, estaban entre mis preferidas, por la cantidad de pistas que me proporcionaban. Desde luego, no empecé por la primera entrega y perseveré consecutivamente hasta la última. Era, ya lo he apuntado, una lectura de entretenimiento, para el ocio, por provechosa que resultara para el trabajo, de modo que lo que hacía era tomar un fascículo al azar y picotear en él a capricho.

No he sido nunca un gran frecuentador de bibliotecas ni de archivos, reverendos templos del saber en los que no se puede fumar. No se me ha dado disfrutar de una como la del Ateneo de Barcelona, en la cual, según refería con explicable nostalgia Martín de Riquer, en los felices veinte uno podía consultar un manuscrito mientras tomaba café y copa, saboreaba un habano y le lustraban los zapatos... Me las he ido arreglando para hacerme con mis propios ejemplares o con reproducciones aceptables, y también he llegado a tener bula, entre otras, en la Nacional de Madrid, donde hasta hace no mucho, como patrono, me prestaban un despachito para cotejar viejas ediciones del *Quijote* y cultivar otras bajas pasiones. Como sea, en aquellos tiempos, la *NRFH* valía por toda una biblioteca y compensaba



en una medida importante las insuficiencias de las que tenía a mi disposición.

Me importa subrayar que la revista me llegaba con un marchamo de autoridad que no tenía ninguna otra. A mis ojos, el prestigio inicial se lo daban la dirección de Amado Alonso y la presencia, entre los redactores, de españoles cuya carrera admiraba, como Américo Castro, Agustín Millares, Jose F. Montesinos o Tomás Navarro, vale decir, hombres de la escuela de don Ramón, del Centro de Estudios Históricos (por donde también había pasado Alfonso Reyes), que retomaban y renovaban la sólida tradición para entonces depauperada en la *Revista de Filología Española*. A ellos se unían las firmas de otros grandes estudiosos con quienes estaba ya familiarizado, y en primer término el nombre para mi sacrosanto de María Rosa Lida.

Aun sin poder valorar todavía otras aportaciones de Latinoamérica, y menos de sus representantes más jóvenes, también pesaba sobremanera la procedencia mexicana. Por aquellas fechas, según el chotis de Agustín Lara, en México se pensaba mucho en Madrid, frase a la que cabía atribuir segundas intenciones, más allá del costumbrismo castizo. Pero es seguro que “la crema de la intelectualidad” peninsular pensaba mucho en México. Conocíamos la admirable labor de la Casa de España a favor de nuestros transterrados, pero, con óptica distinta, de México iban llegando aunque con cuentagotas los estupendos libros del Fondo de Cultura Económica, siempre “en simbiosis”, “en continuo flujo y reflujo” con el Colegio, en especial por obra de don Daniel Cosío Villegas y de Antonio Alatorre, y las óptimas publicaciones del propio Colegio: volúmenes elegantemente impresos que se titulaban *Erasmus y España, Literatura europea y Edad Media latina*,



El lenguaje, Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español, Estudios sobre Lope, Liberales y románticos o El Unamuno contemplativo. ¡Ahí es nada! Un pie de imprenta mexicano era sin más garantía de alta calidad.

No sabía yo aún el papel que en la revista desempeñaban Raimundo Lida y Antonio Alatorre, ni podía predecir la relación que mantendríamos andando el tiempo. A ella y a ellos me referiré después, porque primero debo esbozar un poco cuál fue el aprendizaje que cursé en el Colegio a través de la *NRFH*.

Podría detenerme en lo que asimilé sobre puntos como el modo de dar las referencias bibliográficas, el reparto de tipos y cuerpos o el uso de las comillas simples. Esas menudencias, que hoy tiendo a soslayar a favor de usos preferentemente personales, son sin embargo importantes en la medida en que respetarlas es muestra de pertenencia a una determinada comunidad intelectual. Un tanto cínicamente he explicado luego a mis hijos y a mis alumnos que si querían abrirse paso en su disciplina, fuera cual fuese, lo primero era afiliarse al club y sacarse el carnet correspondiente, es decir, practicar las maneras eruditas convencionales, publicar en unas sedes y no en otras, asistir a los congresos obligados y seguir otros variados rituales. Era así ya entonces y hoy esa realidad se ha agigantado hasta el extremo de que si uno es reconocido como miembro de la tribu casi puede olvidarse de lo demás. Obviamente, el mozo que yo era no lo veía así, o no con tanta claridad, sino percibía únicamente la parte más noble: que los nombres que figuraban al pie de las colaboraciones de la *NRFH*, los temas que en ella se abordaban y las formas con que se hacía dibujaban el ámbito en el que yo me sentía a gusto y al que deseaba pertenecer.



Más allá de afirmarme en unas señas de identidad, de la *NRFH* recabé otras enseñanzas que no tenían que ver sólo con el talento y la ciencia de los autores de las distintas contribuciones, sino con el rasero con que se las medía para ser admitidas, en los primeros tiempos, por el magnífico triunvirato de Alonso, Lida y Alatorre. No rozaré sino tres puntos.

Punto primero. Vaya por delante que un buen artículo o una buena nota erudita son los que se dejan resumir en un cierto número de datos objetivos válidos al margen del estudio donde se formuló. Me explico. Un capítulo de la *Vida de don Quijote y Sancho* puede iluminar más o menos la lectura de algunos pasajes del *Ingenioso hidalgo*, pero no es nunca requisito necesario para su comprensión. En cambio, en la entrega inicial de la *NRFH*, sin ir más lejos, se incluyen tres acotaciones quijotescas de un casi barbilampiño apellidado Avalor-Arce: una establece que la voz *cojín* se usa en el sentido de “maleta”; otra señala una cita de Garcilaso tácita pero destinada a la identificación; la tercera dilucida a quiénes y por qué llama don Quijote *jaboneros*. Averiguaciones sin gran relieve, pero necesarias y aun definitivas, que sigue siendo preciso utilizar y aducir en una edición solvente de la obra maestra. Pero sin movernos de esa entrega, si repasamos las otras contribuciones que incluye no encontraremos cosa distinta: ahí se halla una de las fundamentales investigaciones de Amado Alonso sobre la antigua pronunciación castellana, la pesquisa de Marcel Bataillon sobre la génesis de una novela de Lope, el análisis por Helmut Hatzfeld de una novela de Lope y notas etimológicas de Leo Spitzer, María Rosa Lida y Pedro Grases.

Todo ello, digo, estaba en esa primera entrega y sigue estando en el instrumental del filólogo: la inquisición de doña



María Rosa sobre *civil* en el sentido de “cruel” y el origen de esa curiosa acepción es una noticia inamovible que el estudioso no puede permitirse ignorar en la lectura de nuestros clásicos. Todo ello, por otro lado, en principio podría darse por descontado, pero en la práctica no lo está. Una parte inmensa de los papeles que hoy se imprimen en las revistas en apariencia análogas a la *NRFH* son, por ejemplo, vagas lucubraciones pretendidamente críticas que no pretenden dilucidar determinados aspectos de una obra, sino mostrar que ésta ilustra tal o cual doctrina literaria u orientación cultural. Es el mundo al revés: el texto meramente al servicio de la teoría. Por fortuna, la *NRFH* ha mantenido una línea bien alejada de esas y otras distorsiones por el estilo.

Punto segundo. En no pocos de los trabajos que por su excelencia Alonso, Lida y Alatorre seleccionaban para su inserción fue donde cobré conciencia de que en la filología y en la historia existen géneros (deseablemente literarios) menos variados pero entre sí no menos dispares que en la creación: géneros cuyas exigencias propias llegan a determinar no ya la presentación, sino (como tenemos entendido los lectores de física recreativa) la entidad misma del tema abordado. El módulo, molde o modelo fundamental en las humanidades es la variedad que consiste en rigor en una monografía breve y en el gremio llamamos “artículo”. La inmensa mayoría de las novedades (buenas o malas) que se nos proponen en ese terreno no aparecen como tesis, ediciones ni libros, sino como artículos de revista, tomo de homenaje, actas de congreso... Personalmente opino que es un formato estupendo. Un libro, un libro de veras, difícilmente puede no ser un ensayo: un asunto con la envergadura suficiente para pedir un libro contiene por fuerza tantas facetas, y tan complejas, que sólo cabe mostrarlas



a través de una meditada selección de hechos sugestivos. En contraste, en el artículo hay que acotar una materia lo bastante significativa para que no se quede en mera ristra de datos y lo bastante restringida para dejarse considerar en todos sus aspectos relevantes. Unas veces por analogía y otras por diferencia, en esos trabajos selectos de la *NRFH* fui descubriendo, pues, el modelo del buen artículo: cómo debe la conclusión (absolutamente inexcusable) desprenderse de un planteamiento y un nudo (mientras no tiene por qué ser así en la *nota*, que no en balde la *NRFH* al igual que la difunta *Revista de Filología Española* y otras bien hechas, insertaba en sección independiente); cuándo y por qué el estilo de un artículo es o no es parte del argumento; hasta qué punto unas páginas que verosímilmente sólo leerá un puñado de especialistas han de escribirse en un lenguaje y con unos modos exclusivos de los especialistas..., descifrando, en suma, la poética del artículo que siempre he procurado aplicar.

Punto tercero, y último, porque alguno ha de serlo. Si se me permite caricaturizarlo sin por ello tergiversarlo, apuntaré que la progresiva disminución de los campos de estudio está favoreciendo que hoy existan sendos especialistas para la primera y para la segunda estrofa de un poema y para la realización palatal o velar de un mismo fonema... Paralelamente, cada vez son más las publicaciones periódicas consagradas a un solo autor o un solo tema de reducida dimensión. Desde luego, son herramientas de notoria utilidad y más que bienvenidas. La cara negativa de la cosa es que su proliferación, en especial en formato informático y en la red, está acabando con las revistas de ámbito general (así las llamaré). Un solo estudio concentrado en un asunto no tiene dificultad en convocar a sus pares para unos fascículos de aparición más o menos



regular e ir valorando el interés relativo de los trabajos que se le propongan. Muy otra es la situación para una revista de más amplia perspectiva. Exige ésta la existencia de un equipo, por mínimo que sea, respaldado o no por unos asesores, pero capaz de moverse en múltiples terrenos, discriminar entre posibles colaboradores y juzgar la pertinencia de lo que se admite y lo que se rechaza.

La *NRFH*, encabezada por sus magníficos triunviros, no es que contara con él, sino que era ese equipo. Apareció con el propósito de dar a la luz trabajos "sobre el castellano de América y de España; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios de teoría y metodología filológica; reseñas críticas de libros y revistas; noticias sobre la actividad filológica en América y en Europa, y una bibliografía clasificada por materias". Inmediatamente evocaré a las personas que hicieron posible cumplir el objetivo con tanta brillantez, pero lo que primero me interesa es hacer hincapié en su amplitud. Es necesario que existan revistas con un ámbito general como éste, el ámbito de una *filología* total, para que los estudiosos razonablemente apegados a un solo dominio no pierdan de vista otros contiguos. A mis alumnos les he recomendado siempre que las frecuenten, porque sin ellas difícilmente alcanzaríamos la multiplicidad de enfoques, sugerencias e incitaciones que ningún libro o publicación monográfica puede dar. Y es bueno que sigan saliendo en papel, aunque solo sea parcialmente, porque el papel les da una permanencia, una aptitud a la lectura y la relectura, que es poco menos que incompatible con la fugacidad y la fragmentación anejas a los medios informáticos.

Sólo con el tiempo fui sabiendo quienes hicieron la gran *NRFH* de la colección que compré en la librería Ínsula y en la



cual cursé mi aprendizaje de filología, como estudiante libre y a distancia, en El Colegio de México. La mano lejana y ya débil de don Amado Alonso era perceptible, pero obviamente el cerebro rector era el de don Raimundo Lida. La presencia de Antonio Alatorre, ni siquiera mencionado en el primer número, se fue haciendo conspicua, omnipotente en los posteriores.

No voy a referirme al esfuerzo y la dedicación que la revista les debe: otros lo han hecho infinitamente mejor que yo podría y en esta sede nadie lo ignora. Tampoco voy a hacer el elogio de uno y otro, porque aquí, hoy, necesariamente se quedaría corto y pobre. Pero, para acabar, sí me permitiré unas palabras sobre mi relación personal con ellos.

Quizá pueda sintetizarla una pincelada, más en broma que en serio. Una mañana de 1981 me levanté convertido en miembro del Consejo de Redacción de la *NRFH*. No sé si alguien me lo había anunciado, ni a propuesta de quién entré en tan honrosa compañía, pero tengo el convencimiento de que fue gracias a Raimundo Lida, que unos años antes se lo había sugerido, me parece, a Beatriz Garza. Otra mañana de 1994, igualmente sin noticia previa, amanecí excluido del tal Consejo, y apostarí a que fue por obra de Antonio Alatorre. Tómenlo, insisto, *cum grano salis*, y no imaginen que con uno me llevé bien y con el otro mal, sino que uno y otro tenían caracteres muy distintos (y un servidor de ustedes tampoco era manco).

Confieso que don Raimundo fue primero para mí el hermano de mi idolatrada María Rosa Lida, pero a poco que comencé a leerlo comprobé que no era en absoluto un hermano menor: crítico de una incomparable penetración, magnífico escritor, con una pasmosa capacidad para concentrar en un par de frases todo un texto y todo su contexto, “muy antiguo y muy moderno”, con las ventanas abiertas a todos los buenos



aires, empezando por el más suyo, Lida es uno de los astros mayores de la filología hispánica.

Por desgracia, apenas pude tratarlo en persona, y dudo si siquiera estuve con él más de una vez, ¿en Cambridge, en Nueva York, en Madrid? (Clara, que lo acompañaba cuando menos en una ocasión, quizá tenga un recuerdo más preciso.) De él, sin embargo, no recibí sino gentilezas y estímulos impagables. No me avergüenza decir que me sé de memoria la dedicatoria de la primera separata con la que correspondió al envío de unas cosillas mías en 1968: “¡Qué obra está usted haciendo! ¡Qué *Caballero de Olmedo*! ¡Qué Picaresca (etc.)! Felicidades. Felicidades. RL.” ¿Qué más podía pedir un mozo de veinticinco años? Otra muestra de esa generosidad me la dio en marzo de 1970 invitándome a pasar en Harvard un semestre como profesor visitante. Se cruzó la mala suerte de que estaba yo entonces esperando la convocatoria de mis oposiciones a cátedra y siempre he lamentado que ese españolísimo trance me privara de pasar una temporada a su lado. Pero quizá la deferencia que más estimé fue que aceptara una propuesta mía que muchas veces, me consta, había negado a otros postulantes: reunir en un volumen de la serie que yo dirigía para Editorial Crítica sus esenciales estudios sobre Quevedo, en un libro, *Prosas de Quevedo*, que sigue siendo una de las joyas del hispanismo (y que ahora espero poder reimprimir en facsímil dentro de las publicaciones del Centro para la Edición de los clásicos Españoles).

En 1975, porque no faltara mi voz en el homenaje que le rindió la *NRFH*, pero de nuevo agobiado por otros quehaceres, esta vez en Italia, tomé para la publicación sólo un fragmento, la edición del texto, de un trabajo lopeveguesco que tenía en curso, relegando a otro momento el inexcusable estudio



¡ qué obra está usted haciendo!
¡ qué Caballero de Olmedo! ¡ qué
picaresca (etc.)! ¡ qué cosecha!

Felicitaciones.

Felicidades FR

Notas al casticismo de Rubén

EN unas páginas madrileñas de Rubén Darío, recogidas luego en su *España contemporánea*, lo vemos impaciente ante quienes dicen, y hasta escriben, *prerrafaelista* por *prerrafaelita*. ¿Será, para Rubén, un simple problema de sufijos? Nada simple. Interesa a uno de los muy variados y vitales registros de su humor gramatical. El escritor desea estar al día, en lo que toca al arte y al pensamiento, y habla a quienes lo están, y se burla de aquellos que con mala voluntad y peor información atacan a los modernistas acusándolos "de decadentes, de estetas, de prerrafaelistas, con *s* y todo".¹ También por el hilo del sufijo equivocado se saca el ovillo de la incultura y de la aviesa intención. Es en ese mismo artículo donde, con parecido malhumor, afirma Rubén contra los adversarios de la nueva literatura: "Los que son tachados de simbolistas no tienen una sola obra simbolista. A Valle-Inclán le llaman decadente porque escribe en una prosa trabajada y pulida, de admirable mérito formal".² ¿Cuestiones de palabras? Sí, esenciales cuestiones de palabras. Eso es lo que importa en Rubén. No afán de gramatiquerías, pero sí una seria conciencia del idioma, inseparable, claro está, de su conciencia de la literatura (en el mejor sentido): un interés permanente y ramificado en muy diversos aspectos de la palabra, de los "peligrosos y delicados medios"³ de que el poeta se sirve.

No será él quien admita que una lengua entre todas—su amada lengua francesa—sea la predestinada a la expresión infinitamente flexible de mínimas y raras sensaciones.⁴ Nada está prohibido de ante-

¹ "El modernismo", en *España contemporánea*, Madrid, 1919(?), p. 269. Mortificante errata en *Los Raros*, Madrid, 1920, p. 192, a propósito de Dante Gabriel Rossetti: "exquisito prerrafaelista".

² "El modernismo", p. 271.

³ "Dilucidaciones", de *El canto errante*, en *Poesías completas*, ed. A. Méndez Plancarte y A. Oliver Belmás, Madrid, 1967 (abreviaré: *Poesías*), p. 699.

⁴ Comp. José Enrique Rodó, "Rubén Darío", en *Obras completas*, ed. E. Rodríguez Monegal, Madrid, 1957, pp. 176-177.

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques



1500901896

introdutorio que, obviamente, debía aparecer en la misma *NRFH*. Así fue, cierto, pero el destino quiso que el tal estudio viera la luz en el segundo homenaje, ahora póstumo, que la revista le dedicó en 1980.

Materialmente, nunca me vi con Antonio Alatorre. Intercambiamos correspondencia y separatas, y en las tuyas nunca olvidaba una palabra halagüeña para las mías. Pero, socarrones y provocadores natos como éramos los dos, entre nosotros tampoco faltó algún pique, por más que con la cordialidad que trasluce el lenguaje que gastábamos. Así, a cierta objeción tuya, yo podía responder y respondí con un encabezamiento como “Mi querido amigo y, qué demonios, maestro”, y a alguna indirecta de menda contestó él: “Me he portado como un guarro”. Usábamos los dos, ya se ve, un estilo y un modo familiar de tratarnos que jamás se me hubiera ocurrido emplear con don Raimundo, y que creo se sustentaba en la común convicción de que una prosa eficaz hace bien en recurrir a todos los registros del español, sin someterse, como otras lenguas, a uno solo de ellos.

Nuestra última rebatiña fue a cuenta del *Lazarillo*. Estaba Alatorre persuadido de que la inmensa mayor parte de la crítica había malinterpretado el carácter y la calidad moral del protagonista y me concedió el honor de convertirme en un posible árbitro de la cuestión. A las sugerencias que me hizo a través de nuestro amicísimo Antonio Carreira siguió una carta-río de cuatro folios a la que no me vi con ánimos de contestar más que para salir brevemente del paso: entre otras razones, porque yo entendía que la tesis de Alatorre no era incompatible con otras que él rechazaba fogosamente y que aquélla y éstas no eran incompatibles con mi propia explicación de la ambigüedad esencial de la novela. Con todo, nada me hubiera gustado más





EL COLEGIO DE MEXICO, A. C.

CAMINO AL AJUSCO N° 20
10740 PEDREGAL DE SANTA TERESA
TLALPAN, MEXICO D. F.

TELEFONO 54-49-30-00
TELEX 1777585 COLME
CABLE COLMEX
FAX 56-45-04-64
EMAIL postmaster@colmex.mx

A 16 de febrero de 2005.

Estimado y respetado profesor Rico:

Ante todo, un millón de gracias por el paquete de libros y separatas que tan gentilmente me ha obsequiado usted. Algunas cosas (las menos) las conocía ya, pero estoy —y seguiré— leyendo todo lo nuevo. Lo que usted escribe no tiene desperdicio. ¡Y cuántas cosas sabe!

A esta gentileza añade usted la de su invitación: "Si le apetece viajar, venga usted a España, y yo le haré ver la luz (no al revés, espero) sobre varios puntos [relacionados con el Lazarillo]".

Me detengo en la frasecita que pone usted entre paréntesis. Es ambigua: puede referirse al peligro de que, en vez de luz, me dé usted tinieblas; pero también al riesgo de que yo le dé la luz a usted. En el primer caso, pensaría usted (con sonrisa en los labios) en la posibilidad (completamente absurda) de que usted diera alguna vez otra cosa que no fuera luz; o si no (o: y también) en la posibilidad de que su amistoso propósito se viera frustrado por culpa ya sea de mi senilidad, ya de una incurable cerrazón de mollera, black hole que no admite luz alguna. En el segundo caso, pensaría usted en la posibilidad (más remota aún) de que le sucediera lo que al papá de santa Catalina de Alejandría, que reunió en su palacio real a los sabios más conspicuos de Egipto para que le quitaran a su hija las torcidas ideas que traía en la cabeza, con el resultado de que fue ella quien convenció de sus ideas a los sabios (los cuales, acto seguido, se hicieron bautizar).

Si esto segundo sucediera, tal vez sentiría usted una especie de obligación de escribir una compungida retractatio que dijera más o menos así: Señores, yo estuve convencido durante muchos años de que mi lectura del Lazarillo era no sólo correcta, sino la única correcta (a lo cual contribuyó un poco el hecho de que tutti quanti me citaban con aplauso). Así, pues, cuando leí el artículo de Alatorre "Contra los denigradores de Lázaro de Tormes", aunque me cita con aprobación varias veces, me sorprendió ver que, según él, mi lectura del Lazarillo (y la de otros muchos críticos ilustres) era errónea, denigradora y empobrecedora. Pero me dije: "¡Bah! Este artículo ni siquiera merece refutación: él mismo se está refutando, y además nadie le va a hacer caso". Sin embargo, por consideración a Alatorre, pensé replicarle amistosamente en una carta personal; y, como esto me haría gastar en salvas impertinentes "la pólvora del tiempo más preciso", resolví invitarlo mejor a España, con la seguridad de que me bastarían unos diez minutos, un cuarto de hora a lo sumo, para hacerle ver la luz. Y, señores, lo que ocurrió fue que él se hizo ver la luz a mí. A partir de esa conversación... ("conti-

que platicar largamente con él a ese propósito, sin intención de convencerlo ni dejarme convencer, pero sin duda disfrutando de la agudeza y arte de ingenio que yo bien conocía por sus escritos y todos me habían alabado en su conversación.

Y así fue, manteniendo desde lejos la relación con tamaños maestros, como se ha prolongado hasta las puertas de la vejez mi aprendizaje juvenil en el Colegio de México.

Acabo por donde comencé, por el inesperado, inmerecido y acaso inexplicable galardón que en esta circunstancia se me entrega.

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios o agradecimiento?
Sabralo quien leyere nuestra historia.

Verase allí que como polvo al viento
así se deshará nuestra fatiga
ante quien se endereza nuestro intento.

Aun sin atinar a entenderlos del todo, son los versos de Garcilaso que más me gustan. Para mí, en cualquier caso, ni la fatiga del filólogo ha sido nunca fatiga, ni el premio que hoy se me depara se perderá como el polvo al viento. “¿Sabralo quien leyere nuestra historia?” Lo sé yo y forma ya una parte sobresaliente de la mía.

HE DICHO



Con esta edición especial
de 300 ejemplares
El Colegio de México, A.C.
conmemora la entrega del
Premio Alfonso Reyes 2013
a Francisco Rico.



El proceso editorial fue realizado por
Ediciones de Buena Tinta S.A. de C.V.
Rafael Herrera llevó a cabo el diseño
y composición utilizando las familias
tipográficas Caslon 540, Rose y Fritz.
El cuidado editorial estuvo a cargo
de la Dirección de Publicaciones de
El Colegio de México, A.C.

Se terminó de imprimir en enero de 2015
en los talleres de Offset Rebován, S.A de C.V.,
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco,
14370 México, D.F.



